

E L

ANGEL DEL HOGAR,

PÁGINAS DE LA FAMILIA.

Revista semanal de literatura, educacion, modas, teatros, salones y toda clase de labores de inmediata y reconocida utilidad.

EJEMPLOS MORALES, INSTRUCCION Y AGRADEABLE RECREO PARA LAS SEÑORITAS.

BAJO LA DIRECCION DE

MARÍA DEL PILAR SINUÉS DE MARCO.



SUMARIO.

Hija, esposa y madre, (continuacion), por María del Pilar Sinués de Marco.—*Salmo 112*, poesia, por don José Martin y Santiago.—*Hijo por hijo*, (conclusion), por doña María Mendoza de Vives.—*Cristina*, por la Condesa de la Rochere.—*La Rosa de oro*, por M.—*Revista de la semana*, por don Eusebio Blasco.—*Explicacion y aplicacion del figurin*, por Pamela.

Con este número se reparte un figurin y el pliego trace del tomo cuarto de la *Galeria de mujeres celebres*.

HIJA, ESPOSA Y MADRE.

CARTAS DEDICADAS A LA MUJER ACÉRCA DE SUS DEBERES PARA CON LA FAMILIA Y LA SOCIEDAD.

PARTE SEGUNDA.

(Continuacion).

XIII.

LA MARISCALA Á CÉSAR.

Castillo de Montemar, febrero de 18...

Tienes razon, César: jamás llama en vano un hijo al corazon de su madre: siempre halla en él escrita la palabra *perdon*!

Mucho he sufrido, hijo mio! mucho he llorado por ese casamiento, que yo sabia habia de ser, para tí, una fuente inagotable de dolores: pero todo lo olvido; solo quiero consolarte y salir á tu socorro, ya que me llamas en tu ayuda.

Veamos la cuestion clara, y tal como es en sí y no te ofusques, ni te abatas á la primera tempestad de dolor, que ruge sobre tu cabeza.

Te has casado con Valentina, que es una niña, siendo tú un niño tambien: hé aquí el primer mal, pero este es irremediable y no debemos pensar en él.

Todos los defectos, de que me hablas, esperaba yo hallarlos en Valentina: es preciso; es indispensable que los tenga; la vanidad ha hecho de ella su presa y no la soltará: le parecerá

mejor que tú, el que lleve un título mas pomposo, el que baile mejor, el que sepa decirle mas necesidades con tal que las cubra con la capa de la galantería.

Debía haberse casado con un hombre grave y respetable, dentro de cuatro ó seis años: con un hombre nacido en su misma esfera, pero jamás contigo.

Sin embargo, el mal, como dije antes, ya está hecho, y nada alcanzaremos con lamentarlo y tratar de remediarlo por completo: vamos á ver si podemos remediarlo en lo posible: y para esto, hijo mio, puedes poner mucho de tu parte.

Escucha: yo me casé muy jóven con tu padre, que puede decirse me educó á su antojo, pues yo me plegaba á todos sus gustos sin dificultad alguna.

Procura tú educar á Valentina: mejorar su índole é inculcarle el sentimiento del decoro y del deber.

Mira que no hay esposa mala con marido bueno, á no ser que aquella sea un mónstruo, lo que está muy lejos, á Dios gracias, de ser Valentina.

Al hombre le toca ser afable, amable y condescendiente con su mujer.

Guarda á la tuya las atenciones del amante, y haz que ella encuentre en tí la proteccion del marido: esto es, el valor que se respeta y la dulzura que atrae y que cautiva.

Háblale con firmeza cuando sea preciso, pe-

ro jamás de manera que pueda herir su amor propio.

Procura que, comparándote con los otros, halle en tí todas las ventajas: y á este fin sé para ella el mas galante, el mas complaciente y cariñoso de los hombres.

Yo no ví en el mundo á ninguno con quien poder comparar á tu padre, y mi virtud consistió no poco en que todos me parecían inferiores á él en todos conceptos.

Venid á Madrid, á donde yo marchó dentro de pocos dias y donde trataré de ayudarte á cambiar, si es posible, el carácter de tu esposa.

A no ser porque á Valentina no le gustará estar en este humilde pueblo, que, segun dicen, aborrece, quisiera, César, que pasaras aquí algunos dias, solo para ver á Mélida.

Esta niña es un ángel, y, desde que la veo, me he reconciliado algun tanto con los matrimonios desiguales.

Esta niña bella, delicada, llena de distincion, ha hecho prodigios en el ánimo de estos labriegos; todos la adoran, y, lo que es mas raro, todos reconocen su superioridad.

Su suegra era una tosca aldeana, muy brusca y muy regañona: sin embargo, Mélida la ha vuelto de carácter blando, afectuoso y casi tierno!

Mélida ha hechizado á todos; para cada uno tiene obras y palabras agradables: ya no se está mal en casa del alcalde: allí hay un perfume de decencia y hasta de elegancia, que reanima y conmueve dulcemente.

Yo misma me hallo bien ahora en casa de Catalina. Mélida no se ha hecho labriega al casarse con un aldeano, no; por el contrario, todos se han vuelto decentes y bien educados, como ella lo es, en aquella casa: á la manera que poniendo una rosa entre un manojo de alfalfa, la rosa no se vuelve verde, sino que transmite su perfume á todo lo que la rodea, y conserva su delicado color, Mélida ha vuelto buenos, afables á todos los que la rodean, en vez de volverse ella uraña como estos.

Ahora se están ocupando de la boda de Santiago el hijo menor de Matías: ¡qué esmero pone en todo Mélida para que salga lo mejor posible! ¡Cómo se afana en coser noche y dia la ropa de la novia! ¡Cómo se ocupa del casamiento y de los menores detalles de la casa de los novios!

María participa tambien de la admiracion que todos sentimos por Mélida: algunas veces

se queda contemplándola: luego me mira y me dice por lo bajo:

—¡Es un ángel!

La llegada de Honoria empezaba á hacerme aun mas agradable mi voluntaria soledad: esta encantadora jóven ha prestado aquí á todo nueva animacion y nueva vida.

Ayuda á Mélida en todas sus obras de aguja, y á Catalina en todas sus faenas de cocina y repostería: en fin, aquí hay, hijo mio, una pequeña colonia de personas felices.

¡Ah! ¡por qué no puedes tú formar aun parte de ella! ¡por qué estás tan lejos de mí! si á lo menos tuvieras cerca á la dicha!

Ven á mi lado para que yo pueda consolarte y reanimar tu valor que, segun veo por tu carta, está muy abatido: para que no violentes á Valentina trayéndola aquí, saldré la semana que viene para Madrid donde os esperaré.

Mucho me admiro de verte celoso, hijo mio: los celos rebajan mas al que los siente que al que los inspira: empero por si acaso tus temores son fundados, acerca de ese duque de Richeville, será prudente que salgas de París.

Yo aconsejaré á Valentina, te aconsejaré á tí, y la paz renacerá en vuestro hogar, que es lo que mas desea tu madre que te ama siempre y te abraza

BRIANDA.

(Se continuará).

María del Pilar Sinués de Marco.

SALMO 112.

Laudate pueri Dominum.

Ensalzará al Señor el tierno niño
Y el viejo y la mujer y el pez y el ave,
Con respeto y amor y hondo cariño.

Vá su nombre en el viento, que suave
Corre desde el Ocaso hasta el Oriente,
Y se escucha al bramar del trueno grave.

Poderoso el Señor y omnipotente
Reina sobre la débil criatura,
Y vive en gloria escelsa eternamente.

Infinito do quier, desde la altura,
Los espacios llenando, rige el mundo;
Y del abismo mide la ancha hondura.

Seca el llanto del pobre, que fecundo
Brota á sus ojos cuando el hombre airado
Llena su pecho de dolor profundo:

Porque saca del cieno al desgraciado,
Y le pone entre príncipes un día,
Tornando al miserable en potentado.

Y devuelve la paz y la alegría
A la estéril mujer, que llora y gime,
Y de un hijo el amor gozar ansía;

Que al dirijirla su mirar sublime,
Siente en el seno la inocente esposa
La sávia que de madre el sello imprime.

Cante la humanidad, siempre afanosa,
La gloria del Señor, mientras viviere;
Y bendiga su mano poderosa
Desde que nace el día hasta que muere.

José Martin y Santiago.

HIJO POR HIJO.

(NARRACION DE UN SUCESO.)

(Conclusion.)

—¡Gracias, gracias! exclamó Salvador estrechando sus manos, á tiempo que volvía la maestra con el sacerdote.

Coloma salió de la estancia para llorar libremente.

Su madre sentóse á la cabecera y el sacerdote, despues de algunas palabras, retiróse por unos momentos fuera de la habitacion.

Salvador permaneció breves instantes en silencio y como quien lucha con una idea que debe, aun cuando le repugna, espresar; al fin dijo:

—Madre, deseo confesaros una nueva culpa, y pediros el perdon de ella.

—Habla, ¿qué puedo yo negarte, cuando Dios acaba de absolverte por medio de su ministro?

Salvador descansó un instante reclinando su dolorida cabeza sobre las almohadas, luego incorporándose nuevamente prosiguió:

—Es un mal pensamiento contra el que he luchado en vano, pues como el cáncer que deja alguna raíz, ó esos reptiles que renacen con más vigor al dividirlos, no he podido extirparlo de mi alma....

La maestra comenzó á ponerse pálida. Salvador, esforzándose, añadió:

—Madre, ¿me lo perdonaréis?

—¿Qué puedo yo negar á mi hijo en semejante situacion?

—El perdon de haber dudado de vuestras virtudes.

La maestra se puso súbitamente en pié y clavó en su hijo una severa mirada.

Salvador, esforzándose cada vez mas, continuó:

—Una vez me contásteis que cuando Dios daba las leyes á su pueblo, exigia que pagasen los hombres diente por diente, ojo por ojo, vida por vida.

—Acaba, acaba, esa secreta culpa, ese mal pensamiento!...

—Nació el día en que vuestra mano rechazó al niño que, envuelto con la culebra, se amparaba de vos... Despues... desde que arrojé la piedra sobre la boca del pozo... fué mi eterna pesadilla... presintiendo, hasta en mi sueño, que Dios, en sus inescrutables juicios, habia de cumplir en nosotros el rigor de aquella ley...

—¡Ah! tu has creído que tu madre?..

—Perdon, perdon! clamó el moribundo abrazándose á ella y ocultando en su seno la consternada faz.

La maestra permaneció unos segundos rígida y torva, revelando su rostro el rudo combate que su espíritu sostenia. Al fin, su habitual espresion de dureza fué reemplazada por otra de indecible angustia, y estrechando á su hijo que la tenia abrazada y que seguía murmurando; Perdon, perdon! besó en silencio su frente sobre la que cayeron dos gruesas y ardientes lágrimas.

Salvador, á esa demostracion, derribóse sobre las almohadas exclamando:

—¡Me ha perdonado! gracias, Dios mio!

—Padre, padre, venid, gritó al mismo tiempo la maestra al ver la repentina contraccion del rostro de su hijo.

El sacerdote, que aguardaba á la puerta, entró apresurado; á la primera ojeada tendió las manos hácia el lecho, pues comprendió lo rápido de aquella agonía, y comenzó á murmurar una oracion, haciendo sobre el jóven la señal de la cruz como para abrir con ella las puertas del cielo al pecador que arrepentido y contrito acababa de espirar.

La maestra entonces lanzó un sordo gemido, cayó de rodillas, y besando la yerta mano del

cadáver, exclamó con desgarrador y contrito acento;

—¡Acuérdate, Señor, el día de las tribulaciones, de que pagué en la tierra hijo por hijo, y sea menos terrible al caer sobre mí la espada de la justicia!

Maria Mendoza de Vives.

CRISTINA.

por la condesa de la Rochere.

Yo habitaba en Draguignan en donde acababa de alquilar una linda y pequeña casa, completamente nueva; la única que existía entonces en las calles de árboles de aquel pueblo.

Esta casa, casi escondida en medio de la espesura, daba por un lado sobre el paseo público, y por el otro sobre un estenso y hermoso jardín, donde los cerezos, los perales, las ensaladas y las alcachofas estaban mezclados con la madre selva, los alielies y las lilas: donde las capuchinas y las campanillas se enroscaban en mil partes alrededor de los troncos nudosos de una parra trepadora.

Los suaves rayos del sol invitaban al paseo: yo me aproveché de ellos para visitar detenidamente mi nuevo dominio: despues de varias vueltas por las sendas borladas de fresas y de violetas, fui á sentarme bajo un cenador de verdura, cuyo exterior, casi cubierto por el follage de los jazmines y de los rosales de Bengala, dejaba ver, sin embargo, á los pocos paseantes de las calles de Draguignan: estaba mirando hacia algunos minutos sin ver mas que á algunos oficiales retirados que departian amigablemente debajo de los grandes olmos, cuando dos mujeres se acercaron lentamente, viniendo de la calle exterior hasta el paseo, y siguieron la calle lateral, que se estendia á lo largo del muro del jardín.

A medida que ellas se aproximaban á la verja, yo distinguia mas claramente su talle y su semblante.

La una de ellas parecia tener cuarenta años; era alta, delgada, morena, y estaba marcada de viruelas.

La otra tenia apenas diez y ocho años; hubiera podido servir de modelo á Rafaél para su mas bella madona; tanta [era la dulzura de su

mirada, el candor virginal y la gracia modesta de toda su persona.

—¿Quereis ir mas lejos, querida tia? dijo la jóven con una voz armoniosa y un ligero acento provenzal.

—No, hija mia; hemos anda'lo bastante, para mis malas piernas, y tú debes estar fatigada de haberme traído hasta aquí. ¡Pobre y querida Cristina! ¡qué de penas te doy y qué triste juventud pasas á mi lado!

—No hableis así, replicó la jóven: ¿puedo yo tener mayor dicha que la de seros útil? sentémonos debajo de este árbol y descansad.

Hablando de esta suerte, la amable Cristina dobló en cuatro partes un chal de tartan, que llevaba sobre el brazo, cubrió con él un banco de piedra que estaba situado á tres ó cuatro pasos de la verja del pabellon, y, tomando á la dama de mas edad por la mano, la hizo sentar con cuidado.

—¿No advertís que el aire puro del campo os hace bien? dijo.

—¡Oh sí! ¡pero cuánto echo de menos su vista! respondió la tia de Cristina exhalando un suspiro.

Yo reparé entonces que era ciega, lo que no habia sospechado á primera vista.

—¡Pobre tia! dijo afectuosamente Cristina, estrechándole con cariño la mano.

Habia á la vez tanto amor y tanta compasion en esta simple exclamacion, que las lágrimas vinieron á mis ojos.

Hubo un momento de silencio.

—¡Hágase la voluntad de Dios! replicó al fin la ciega; pero la idea de ser un obstáculo á tu dicha, es superior á mis fuerzas.

—¡Mi buena tia! ó mas bien, ¡mi madre! dijo la jóven con una voz que llegaba al corazon; ¿por qué no quereis creerme, cuando os aseguro que no echo absolutamente nada de menos á vuestro lado?

La llegada de mi doncella, que me llamaba para un asunto doméstico, me obligó á dejar el pabellon, y cuando volví, media hora despues, las dos señoras habian desaparecido.

El día siguiente era un domingo, las calles de Draguignan se llenaron de hombres y de mujeres que paseaban sus ócios, ostentando á las miradas envidiosas el traje ó el sombrero recientraido de Marsella.

Mas yo buscaba en vano la alta estatura de la dama ciega, y la figura llena de atractivos de su sobrina.



Al día siguiente, una indisposición me re-
tuvo en mi cuarto: yo miré muchas veces á
través de los cristales, y, como dos horas des-
pués del mediodía, apercibí á las dos descono-
cidas, que se hallaban en el mismo banco donde
habían estado descansando dos días antes.

Durante tres semanas, las ví cada día, ex-
cepto los domingos, sentadas casi debajo de
mis ventanas, y cada día también advertía las
mismas atenciones delicadas de parte de la jó-
ven, el mismo sentimiento de tristeza y de amor
impreso, por decirlo así, sobre las facciones de-
macradas de la pobre ciega. Un vivo sentimien-
to de interés me atraía hacia estas dos muje-
res, cuyo modesto traje acusaba una gran me-
diocridad de fortuna.

—¿Conocéis vos á esas señoras? dije un día,
designándoselas con el dedo, á la propietaria de
la casa, que se hallaba por casualidad en mi
cuarto.

—¡Sí, las conozco! me respondió ella en pro-
venzal: es la pequeña Dubac, y su tía made-
moiselle Tournel, la maestra de dibujo que que-
dó ciega el año último, porque dicen que traba-
jaba demasiado; una buena señora y un buen
corazon, si los hay: tal como la veis, ganaba
cuatro ó cinco mil francos por año, haciendo
retratos y dando lecciones: con economía hu-
biera podido reunir una renta muy regular:
pero desgraciadamente la pobre señora era bas-
tante manirotas: aunque hubiera ganado el do-
ble, no sería por eso mas rica á estas horas.

—Sin duda no tenía orden, respondí, ó quizá
gustaba demasiado del lujo.

—Ni lo uno ni lo otro, señora, pero era uno
de esos caracteres indolentes que no saben pre-
ver el porvenir: le parecía que su talento la sa-
caría siempre adelante: todo lo que ganaba des-
aparecía en limosnas, y hubiera dado su últi-
ma camisa al que se la hubiera ido á pedir;
así es que, cuando la desgracia la hirió, ape-
nas tenía de qué vivir un mes ó dos: y sin la
pequeña fortuna de su sobrina, de quien ella es
tutora, la pobre señora estaría hoy á cargo de
la parroquia: bueno es que una sea caritativa,
pero es preciso también que sepa gobernarse,
añadió la propietaria á modo de sentencia.

—¡Dios mío! cuántas bellas acciones, cuántas
virtudes ignoradas y desconocidas de los hom-
bres recompensáis vos en la otra vida! esclamé
desde el fondo de mi corazon.

Yo concebí desde entonces un vivo deseo de
conocer mas particularmente á estas dos nobles

mujeres, hacia las que me sentía atraída por la
mas dulce simpatía: mas la ocasión no se pre-
sentó. Llegaron los frios, los árboles perdieron
su verdura, los vientos y la lluvia alejaron á los
paseantes: ya no oí hablar mas de ellas, ya no
volví á encontrarlas en ninguna parte y acabé
por olvidarlas del todo.

Mas en el mes de abril, cuando el aire vol-
vió á ser tibio y perfumado, cuando el jardín
se llenó de nuevas flores, yo bajé al pabellon,
y así que estuve sentada, ví venir de lejos á las
mismas señoras que me habían tan vivamente
interesado el año precedente.

Mademoiselle de Tournel me pareció que ha-
bía engruesado, y que andaba mas fácilmente:
su sobrina, por el contrario, había perdido sus
bellos colores de rosa: las dos dieron algunas
vueltas en el paseo, y se sentaron de nuevo so-
bre el banco, diciéndose dulces palabras; las
calles de árboles estaban entonces enteramente
desiertas. De repente un hombre de cincuenta
y ocho á sesenta años, de una figura abierta y
franca, y que llevaba en el ojal la condecora-
ción de oficial de la Legion de honor, llegó por
el lado del paseo: se detuvo en la plazoleta,
miró en derredor, vió á las dos señoras, y se acer-
có á ellas con la vivacidad de un jóven. Cris-
tina le reconoció sin duda, porque se ruborizó á
su aspecto, y bajó la cabeza en silencio.

—¿Es á mademoiselle de Tournel á quien tengo
el honor de hablar? dijo: yo soy el comandante
Boissier, he estado en vuestra casa, señorita,
donde me han dicho que os encontraría en el
paseo, y he venido á buscaros, porque el tiem-
po me apremia: mi buque parte pasado mañana,
y es forzoso que yo vuelva esta noche á Tolon.

(Traducción.)

(Se continuará.)

Maria del Pilar Sinués de Marco.

LA ROSA DE ORO.

El santo Padre, segun costumbre, bendice la
Rosa de Oro antes de la misa del cuarto domingo
de Cuaresma, [llamado comunmente, á causa de
esta circunstancia, el Domingo de las rosas.

Esta ceremonia interesante tiene su fecha
en la época mas remota.

La Rosa de Oro es enviada, en el curso del

año, á un soberano, ó mas comunmente á una reina católica.

Segun nos escriben de Roma, este año la recibirá la Reina Maria Pia de Portugal, ahijada de Su Santidad.

Cuando la Rosa de Oro no recibe ningun destino en el curso del año que sigue á su bendición, es bendecida de nuevo en el año siguiente, y no se la reemplaza sino cuando ha sido remitida á alguna princesa.

Esto explica cómo los agentes de la República pudieron robar, á principios del año 1849, la Rosa de Oro que se encontraba entonces en el tesoro de la capilla pontificia.

Vamos á dar á nuestras lectoras algunos detalles de su bendición.

La Rosa de Oro, ó para hablar con mas propiedad, el ramillete de rosas de oro, porque está compuesto de unas diez flores contenidas en un jarron de una forma muy elegante y de muy rico trabajo, está espuesto en la sacristia sobre una mesa, entre dos velas encendidas.

Cuando el Santo Padre va á la capilla Sístina para asistir á la misa, le presenta la Rosa de Oro el último sacerdote de la cámara.

El soberano Pontífice, de alba y estola, echa incienso en el incensario que le ofrece el primer cardenal prelado, pronuncia algunos versículos y recita una de las mas bellas oraciones de toda la liturgia católica.

En seguida, deposita en la Rosa que forma el corazon del ramillete, y que está preparado á este fin, un poco de bálsamo del Perú y un poco de polvo de almizcle; le echa agua bendita y le incienso.

El clero de la cámara toma entonces la Rosa y la lleva delante del Papa hasta la capilla, donde es colocada sobre el altar, mas abajo de la cruz, sobre una rica tela de seda, de color de rosa, bordada de oro.

Permanece allí espuesta durante toda la misa, y, concluida esta, es llevada á la sacristia por el mismo clero de la cámara.

En otro tiempo, cuando el Papa volvía á la capilla, en la *Sedia Gestatoria*, tenia él mismo la Rosa de Oro en la mano izquierda, y con la derecha bendecía al pueblo.

Llegado á su reclinatorio, entregaba la Rosa al cardenal diácono presente, quien la pasaba al clérigo de la cámara; y, despues de la misa, el Papa la volvía á tomar de nuevo y la llevaba de la misma manera que al ir á la capilla.

Aun mas antiguamente, la ceremonia se hacia en Santa Cruz de Jerusalem. El Papa partía á caballo de su palacio de Letran, con toda su corte, que formaba una brillante cabalgata.

Llegado á la Basilica, cantaba solemnemente la misa, y, despues del Evangelio, dirigia al pueblo una homilia.

Hízolo el papa Pio II, segun el testimonio de los historiadores, con una elocuencia digna de su gran reputacion.

Tomando el Papa enseguida en la mano la Rosa de Oro, que habia tenido cuidado de bendecir con anticipacion, con el ritual que hemos descrito mas arriba, la hacia ver al pueblo, y le explicaba su misteriosa significacion.

Despues de la ceremonia, volvía á su residencia de Letran, y cabalgaba con toda su corte, teniendo en la mano la Rosa de Oro.

La brida del caballo del Papa, la conducia el Prefecto de Roma, vestido con un traje de púrpura y llevando cadenas de oro.

A la puerta de la Basilica de Letran, este magistrado ayudaba al Papa á descender del caballo y le tenia el estribo.

En recompensa de sus buenos oficios, el Papa le regalaba la Rosa de Oro, que el Prefecto de Roma recibia de rodillas, despues de lo que besaba devotamente los piés del Santo Padre.

Por lo regular, todos los ornamentos del celebrante, de los ayudantes y del altar, son de color de rosa.

Hasta el Papa lleva una capa de coro y una estola de igual color.

Los cardenales tienen la sotana, el cíngulo, la muceta y la manteleta del mismo matiz, y conservan este color durante todo el dia, que no en vano se llama, como se vé, el domingo *latare* y el domingo de las rosas.

Es un oasis en medio del desierto de la Santa Cuaresma; un dia de júbilo espiritual para reanimar el corazon de los fieles en el seno de la afliccion causada por el ayuno y la penitencia.

Así hablan los comentadores de la santa liturgia.

M.



REVISTA DE LA SEMANA,

Buen tiempo.—La primavera retraída.—Teatro Real.—La Patti.—Sociedad de cuartetos.—Ana.—Fin del teatro de Variedades.—Dos despedidas.

Comienzo por dar la enhorabuena á mis bellas lectoras, las cuales han podido por fin lucir sus encantos en Recoletos y en la Castellana, merced á la bondad del tiempo, que no ha dejado, á pesar de todo, de encontrarse *airado*, contra su costumbre.

La primavera está este año algo rehacia; parece que tiene miedo de presentarse en Madrid.

Y á la verdad, hay para todo.

¿Pues qué? ¡Así como así se espone una muchacha bonita á presentarse en un país donde las gentes no cesan de murmurar de ella? Todo el mundo acrimina á la primavera porque tarda en venir á la corte.

Dejadla que se acerque poquito á poco. Cuanto mas tiempo tarde á llegar, mas tiempo permanecerá entre nosotros.

Todocel daño que sufren los madrileños se reduce á no poder salir á los paseos.

En cambio pueden ir á los teatros.

Y no solamente pueden ir, sino que van con una asiduidad verdaderamente asombrosa.

El teatro Real es, por ahora, el centro comun de la hermosura, de la delicadeza y del buen gusto.

Adelina Patti es, como si dijéramos, la niña mimada de los madrileños.

¿Vais por la calle? No vereis en los escaparates de las tiendas mas que retratos de la Patti.

¿Vais por los almacenes de música? No vereis mas que retratos y bustos de la Patti.

¿Vais por las paredes? Pues no vereis mas que carteles con el nombre de la Patti.

Y en verdad que la Patti no es una cosa que se puede ver todos los dias.

Los que la hemos oido en *Sonámbula*, hemos comprendido lo que puede haber allá detrás de ese cielo que separa este mundo del otro.

Y á propósito de música y de cantantes. Hay en Madrid una *sociedad de cuartetos*, cuyos trabajos musicales han [arrobado el alma de todos los aficionados que han acudido los viernes á los Salones del Conservatorio.

Tiempo hacia que en Madrid se hablaba de esos grandes centros cuyas armonías habian

producido eco agradable en el mas oscuro rincón de Europa. Tiempo hacia que los madrileños se lamentaban de que en la corte de España no se pudiera gozar del espectáculo que ofrecen otras cortes extranjeras.

Hoy los madrileños han conseguido su objeto. Monasterio, el gran artista, el violinista modelo, el director de orquesta por excelencia, ha sido, por decirlo así, el jefe nato de tan agradables reuniones; y la música clásica, alemana é italiana, las composiciones españolas del siglo xv, y otros tesoros del arte musical, han resucitado en los salones del Conservatorio en esta cuaresma, para general contento y agradable soláz de los aficionados á estas especiales fiestas. Desde el *Stabat-Mater* hasta la sinfonía en *fa* de Bethoven, todo ha sido admirablemente interpretado por una brillante pléyade de artistas de todas las naciones.

Los teatros de verso han ofrecido al público pocas novedades.

En el del Príncipe se ha estrenado, á beneficio de la apreciable actriz Adela Alvarez, un drama en cinco actos titulado *Ana*, arreglado del italiano por los Sres. Catalina (D. J.) Coupigny y Marco. El público se conmovió con las escenas de la obra interesantísimas todas y harto capaces de herir las fibras del corazón, misión que es siempre agradable en el teatro. La ejecución fué esmerada, y la niña Franco y la beneficiada arrancaron al público justos y nutridos aplausos. Los autores del arreglo fueron llamados á la escena.

El teatro de Variedades ha cerrado sus puertas. Los admiradores de Romea están de pésame. El autor de estas líneas se encuentra en este caso, y al despedirse del eminente actor hasta el año que viene, se despide de sus lectoras amables hasta la próxima semana.

Eusebio Blasco.

MODAS.

ESPLICACION Y APLICACION DEL FIGURIN.

Trages de Primavera.

FIGURA 1.^a—Vestido de glasé color de madera muy claro; la falda queda bastante corta, y está

recortada en *lambrequin*, y los picos caprichosos, que forma el recorte, bordeados de glasé negro: una tira ancha de la misma tela del vestido, pero adornada con terciopelos de diferente anchura y soutache negro, completa el largo de la falda, que por detrás es excesivo; los terciopelos están colocados, uno ancho y dos estrechos, y todos llevan á cada lado un soutache de seda, lo que hace un lindo, nuevo y delicado efecto.

Casaquilla *Húsar*, de la tela de la falda, adornada de terciopelos negros y soutache en los delanteros, prosiguiendo el adorno hasta el fin de los faldones.

Chaleco de glasé de la misma tela del traje, cerrado con botones de seda negros, y que forma peto: al fin de este, lleva una hoja de terciopeto, de la que parte un gran racimo de cintas de lo mismo, que llevan en los extremos agujetas de azabache.

Mangas estrechas, adornadas en la hombrera con hojas y grandes racimos de cintas con agujetas; en la parte inferior se repite el mismo adorno.

Cuello y puños de muselina con embutidos de encage.

Peinado *griego*, adornado por tres cintas de terciopelo negro, con orillas blancas.

Gautes grises.

He aquí, mis bellas y queridas lectoras, uno de los mas lindos modelos que os hemos dado, y que escede, en novdad y elegancia, á cuantos la moda ha presentado desde hace largo tiempo: todo lo reúne; gracia, sencillez, esmero, frescura y coqueteria: la belleza y naturalidad de esta figura son incomparables, si bien habreis reparado que todos nuestros modelos son únicos en estas cualidades, tan precisas para que sean imitados con éxito, y sin esponerse al ridículo.

Este traje sirve lo mismo para jóven casada que para señorita, y aun para señora de alguna edad: sirve tambien y es del mejor gusto, para recibir, para ir al teatro y para comida, aunque no sea de confianza.

FIG. 2.^a—Falda de glasé castaña dorado, adornada al borde por un volante cogido á tablas, un poco grandes, sobre el que corre un ancho entredos de encage negro; dicho entredos remonta en la costura de cada paño, formando por abajo unos arcos ligeros, del mejor gusto.

Vesta, ó chaquetilla figaro, de terciopelo negro, bordada, á realce, en seda y granos de azabache.

Camiseta de muselina, con pliegues pequeños y separados por un terciopelito cero.

Cinturon de seda, negro, con hebilla de oro, de regular tamaño.

En los cabellos, redécilla negra con agujetas de azabache, guarnecida en la parte de la frente por un retorcido de terciopelo, adornado por tres estrellas.

Este traje es propio de señora, por el encage de la falda y la riqueza de la *vesta*: le hallamos propio para recibir de confianza, y su elegancia es tan notable, que no necesitamos encarecerla: igualmente es precioso para comida de familia, y sobre todo para ponérselo, al volver de paseo, la noche de recepcion, siempre que se trate de personas de confianza, y que la reunion no pase de las primeras horas de la noche.

FIG. 3.^a—NIÑA DE NUEVE AÑOS: falda de tafetan azul, con rayitas Pekin negras: el adorno, que por la colocacion de las figuras, está invisible, consiste en una V en cada paño, de tafetan algo mas oscuro, de un solo color, y guarnecido de puntilla negra.

Coselete—cintura de la tela de la falda, guarnecido, en la parte superior, por un ruche de tafetan azul, y con pequeñas aldetas almenadas en la inferior.

Cuerpo liso de merino blanco, adornado de galones y botoncitos azules.

En los cabellos, cinta azul.

Botitas negras de merino.

La graciosa sencillez de este traje nos parece la mas propia de la infancia: diremos, como de paso, que los cuerpos blancos, ya sean de merino, de foulard, y hasta de glasé, estarán muy en boga para las niñas, esta primavera, todos ellos adornados con cintas del color de la falda, lo que es tan bonito como económico: nuestro modelo está, pues, ajustado á las mas rigurosas prescripciones de la moda y de la economia, pues las niñas pueden gastar, con un solo cuerpo blanco ó dos, las faldas cuyos cuerpos estén deteriorados.

Pamela.

Por todo lo no firmado,

MARÍA DEL PILAR SINÚS DE MARCO.

Editor propietario, JOSÉ MARCO.

MADRID: 1865.—Imp. Española, Torija, 11.



LA FRANCE ÉLÉGANTE

Journal des Dames et des Salons

publié par la Société des Journaliers de Modes réunis.

On s'abonne au Bureau, rue St. Anne, 64, à Paris.

Ayuntamiento de Madrid